

eslizaba rápidamente río abajo, do, que era persona de gran abía hacer versos—o, al con- pero acarrea lo principal en las oía hacer versos pero que era talento—se sintió de sopetón do de hito en hito las fulgu- ora, empezó a improvisar:

o, de verde,
l y de nácar,
a y jazmín...

ó la musa y, con el fin de repitió:

o, de verde,
y de nácar,
a y jazmín...

demonio de la musa estaba re- la mente de su amartelado cual el señor Pardo Rivade- entórea, que despertó las on- as náyades de la orilla y las oscaje, terminó así la muy su- estrofa:

ntos matices,
colores
nos al fin!

Un quijotismo de José Eustasio.—José Eustasio Rivera no fue solamente inspiradísimo poeta y gran novelista, sino que su corazón no era inferior a su cerebro y tuvo rasgos de hidalguía a linde con el quijotismo.

Todos tienen a Rivera por un hombre práctico que hacía bellísimos versos; por un viajero que escribió una de las más hermosas novelas de la lengua castellana; pero Rivera fue antes que todo un romántico.

Y esto lo afirmo por vía de elogio, de altísimo elogio, porque el romanticismo está en la sangre latina, y si es Isabel de Segura y Diego Marsilla en Teruel, también es Bolívar en Junín. El día en que desaparezca de la tierra el romanticismo tendrán que andar con el arma al brazo los hombres honrados para defenderse de los puñetazos de ciertos púgiles a quienes jalea el público espeso, y de las patadas de ciertos futbolistas endiosados.

Rivera fue, lo repito, un poeta romántico. Su género quizá pudiera llamarse *romántico-descriptivo* o *romántico-objetivo*.

La dulce quejumbre de la torcaz, el silencioso vuelo de la garza, el galopar de los potros en la llanura extensa; las vacadas que mugen, la noche que cae sobre los Llanos, todo tiene un fondo melancólico y romántico.

Y hay que leer este soneto, quizá el más bello de Rivera, para apreciar ese romanticismo: